

Género y racialidad en Cuba. Apuntes para un estudio

Maricelys Manzano García

En Cuba, al igual que ocurre en el resto de las regiones, es constatable la tendencia a alejarse del concepto raza. Desde las ciencias sociales, las razas son construcciones sociales establecidas con formas de reproducción y perdurabilidad que las objetivan, dando pruebas de su existencia y de la necesidad, no solo del uso del vocablo, sino de indagar en su contenido. Esto continúa legitimándose en la vida cotidiana, al mantenerse su esencia utilitaria, consistente en el uso de su significado clasificatorio que permite emplearlo como mecanismo de dominación.

La investigadora Beatriz Marcheco (2012), especialista en genética, afirma que en el caso cubano estamos en presencia de una racialidad basada en el color de la piel. Esta se sustenta en un constructo cultural con interpretaciones diversas desde la subjetividad, que puede variar por razones que van desde la posición en la que se quiera ubicar el sujeto, hasta la gradación cromática que se establece por una determinada región.

De hecho, la gradación cromática es alterable a partir de la exposición de la piel a los rayos ultravioletas, al igual que es variable la percepción que puede tener un observador en la identificación de un determinado color de piel, especialmente el propio. En este caso, el juicio de dicho observador siempre tendrá un condicionamiento sociocultural. El color de la piel a pesar de su relatividad apreciativa, es utilizado en función de la discriminación racial y hoy avala, de manera errónea, la introducción de términos disímiles para designar a los sujetos.

La racialización de la sociedad cubana ha sido parte del constructo teórico de múltiples investigaciones. La investigadora cubana Zuleica Romay Guerra (2012) suscribe la afirmación de Lazara Carrazana, cuando afirma que: “[...] no hay procesos socioculturales en nuestro contexto en los que

el aspecto racial y su significado social no intervenga con mayor o menor connotación, al atravesar la estructura racial transversalmente la estructura socio clasista” (Romay, 2012). Este criterio sugiere que la estructura racial, al mediar una de mayor alcance como es la socioclasista, coloca su presencia en los procesos socioculturales que acontecen en la sociedad con sus matices y singularidades.

La racialidad es mediadora y decisiva en la dinámica interna del entramado de relaciones que también denominamos espacios identitarios. Es decir, escenarios en los cuales los sujetos en un proceso de articulación compleja asumen la noción del yo y del nosotros que pueden ser vistos en relación o por separado, entiéndanse por ejemplo la familia, o la relación familia-escuela, o familia comunidad, relaciones de género entre otras.

Las relaciones familiares devienen en un espacio identitario en cuyo seno se genera un intercambio que preserva y trasmite valores y/o antivalores, al ser un espacio cuya intimidad permite una identidad que puede evadir las normas políticas, sociales y culturales en torno a la racialidad. Esto no la ubica como espacio cerrado y estático, por el contrario, en ellas se forman redes interactivas, en las cuales se construyen y reconstruyen las identidades, puesto que en dichas relaciones intervienen sujetos sociales concretos, marcados por los contextos y situaciones que influyen en el transcurso de sus vidas.

El estudio realizado por Pablo Rodríguez Ruiz (2011, p. 00) sostiene que: “La capacidad [...] que tiene cada grupo familiar ante el otro racial que se admite [...] en su espacio privado, o el simple hecho de constituirse como familia dentro de una misma apariencia racial, lleva implícita una carga valorativa que se va a reflejar en las estructuras que estas forman”. A partir del razonamiento del investigador se infiere que las relaciones familiares condicionan las representaciones raciales con sus múltiples contradicciones, además de constituir el primer nicho cultural, en el cual se forman las identidades.

Rodríguez Ruiz aporta el comportamiento de dos características presentes en las familias cubanas que adquieren la condición de conceptos operacionales, presentes en la base de la construcción identitaria: la intrarracialidad y la interracialidad. La primera, entendida como grupos constituidos por una misma filiación racial y la segunda, por diferentes filiaciones raciales.

La relación más directa se establece entre raza y estructura familiar, donde el 67 % identifican la tendencia hacia familias intrarraciales (Rodríguez Ruiz, 2011). Este dato, aunque ilustrativo, no debe tomarse como tendencia absoluta, pues otros factores desdibujan la misma. Entre ellos las diferencias generacionales, pues en las familias más jóvenes se observa un incremento de la interracialidad.

Otro factor que aflora en el estudio de Rodríguez Ruiz (2011) es la prevalencia de uniones interraciales, a partir de mujeres solas que reconstruyen sus familias, en la cual se producen uniones o incorporaciones que no encajan en los patrones de pertenencia racial de sus familias originarias. En estos casos, la pertenencia a un grupo racial diferente al de la familia originaria se supedita ante la necesidad de incorporar a la familia la figura masculina destinada a desempeñar el papel de proveedor, reproduciendo el esquema del rol masculino estereotipado.

Evidentemente, se muestran signos de movilidad que apuntan hacia la existencia de mayor tolerancia hacia el otro racial por parte de los más jóvenes, o en el caso de situaciones que ponen en peligro la estabilidad familiar para las mujeres que, una vez más, tienen una posición distinta y “desventajosa”.

Se desprende de esta la relación que nos ocupa, las de género. En ellas, la racialidad coloca tanto al hombre como a la mujer en posición modificadora de roles, altera su percepción en tanto se torna diferente un mismo rol en dependencia del color de la piel. Estereotipos resultantes de la cotidianidad revelados por Frank Padrón (2012) son ilustrativos, cuando recrean chistes y frases del discurso popular como la siguiente: “¿En qué se diferencia un blanco con delantal blanco de un negro con delantal blanco?, en que el blanco es doctor y el negro heladero” (Padrón, 2012). En el texto hay otros que hacen referencia a la mujer, pero intencionalmente se particulariza en los hombres al no ser el género solo una problemática de la mujer, aun cuando su posición es menos favorable.

La investigadora Yulexis Almeida Junco (2011) expone la esencia de esta relación que marca hoy las relaciones sociales en Cuba y sirve también de fundamento a la construcción de la identidad racial. Al respecto plantea que género y raza conforman jerarquías sociales construidas y “ambos actúan en todos los niveles (micro y macro) e interactúan entre sí con otros

ejes de opresión, los cuales dan lugar a combinaciones que estructuran desigualdades sociales cruzadas”(Almeida, 2011).

La complejidad descrita, con la cual se concuerda, tiene su base en las relaciones de poder (Foucault, 1992): que defienden la inferioridad-superioridad como mecanismo de dominación. En este caso la mujer negra termina en el escalón más bajo a partir de un elemento generalizador. La mujer es inferior, debe ser bella de acuerdo con patrones estéticos rígidos, en el cual no hay lugar para otro modelo que no sea el hegemónicamente blanco.

En el caso de los hombres su suerte no ha sido diferente. El hombre negro es viril, pero con otros atributos degradantes que no permiten llevar con dignidad la condición de negro. El blanco, aun cuando se ha mantenido como el modelo, padece del racismo reactivo que lo inferioriza, colocándolo en una posición defensiva que hace cíclica la problemática.

Lo anterior no contradice la regularidad, constatada en el análisis e indagación realizada para este estudio, que consiste en reflejar las relaciones entre hombres y mujeres en Cuba como parte de su racialización, con la peculiaridad de predominar el racismo contra el negro, aún cuando se le reconoce como bidireccional. Tal comportamiento, no exclusivo de Cuba, reviste singularidad al no tener otros racismos, por ejemplo, contra el indio o el latino, y explica que en el plano de la representación la descalificación de negras y negros sea mayor y se incline el análisis hacia el complejo de inferioridad que pueden portar y los hace culpables de su estigma. Esto condiciona que en la relación entre géneros esté presente el endorracismo.

El endorracista valora negativamente en los otros un carácter que también él posee solo que, al parecer, en dosis menor. Dosis que él tampoco quisiera poseer y a la que también descalifica, autodescalifica, y lo que es peor por la presencia de esos rasgos objetados es, a su vez, rechazado en una cadena de relaciones endorracistas que puede manifestar matices innumerables (Romay, 2012).

Tal comportamiento se asume como estrategia de superación del estigma y revalorización del yo, o como una vía de competición y desmarque con respecto a los otros percibidos como inferiores. Es una conducta reactiva que hace de las relaciones de género un escenario contradictorio y adverso para el florecimiento de la equidad entre ellos.

Estaría incompleto el análisis de esta relación si no se tiene en cuenta que esta pone límites, tanto a hombres como mujeres de ambos grupos raciales. Las mujeres negras no están representadas en el ballet clásico, pero blancas y blancos tampoco tienen suficiente representación en deportes, como el atletismo o el boxeo. Es decir, a las construcciones sexistas de los roles se suma un componente racial necesario a tener en cuenta para que no se solape un problema con otro.

Este ejemplo, se propone esclarecer un posicionamiento teórico que considere al elemento racial como mediador en el marco de las relaciones sociales, capaces de superar incluso los límites establecidos por otras construcciones sociales. Se trata de comprender que la racialidad puede o no construirse de modo intencional, pero al ser un hecho su existencia, sería acertado pensar en ella desde todas las aristas, fundamentalmente, desde la intencionalidad formativa, como camino a su indiferentismo como demarcador de grupos basado en la inferioridad de unos y otros.

La racialidad tiene conexiones con los basamentos teóricos, el universo simbólico, los códigos comunicacionales y las imperceptibles mediaciones sociales que asignan significados a ciertos atributos personales, inocuos por sí mismos.

La concepción humanista y las prácticas sociales incluyentes no han sido suficientes para erradicar al racismo o cambiar la racialidad, a pesar de los esfuerzos de las prácticas eugenésicas, el mestizaje y la intencionalidad científica y política.

La racialidad no implica forzosamente filiación discriminatoria por superioridad. La dialéctica, en este caso, parte de que la identidad solo existe en relación con la diferencia. El racismo acentúa la diferencia. La racialidad es una relación que acepta la diferencia y, al asumirla desde referentes positivos la atenúa, al punto de hacerla inocua. La interacción de condicionantes sociales internas y externas a los sujetos, en relación con los contextos históricos, imprimen una dinámica a estos procesos visualizados a partir de la manera en que en el imaginario y la práctica social se establezcan procesos sociales mediados por la racialidad, en mayor o menor medida negativa.

Referencias

- ALMEIDA, Y. (2011). Género y racialidad una reflexión obligada en la Cuba de hoy. En Rubiera, D. y Martiatu, I. M., *Afrocubanas historias, pensamiento y prácticas culturales* (pp. 133-150). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- CARRAZANA, L. (2011). Movilidad social y filiación racial en la reestructuración económica de Cuba. En Colectivo de autores, *Las relaciones raciales en Cuba. Estudios Contemporáneos* (pp. 85-125). La Habana: Editorial La Fuente Viva y Fundación Fernando Ortiz.
- FOUCAULT, M. (1992). *Genealogía del racismo*. La Plata: Editorial Altamira.
- MARCHECO, B. (2012). El mestizaje desde la información de genes: un estudio de caso. *Temas*, 69, 49-56.
- PADRÓN, F. (2012). *Con la buena voluntad del tiempo*. La Habana: Ediciones Unión.
- RODRÍGUEZ RUIZ, P. (2011). La interracialidad y la intrarracialidad en las estructuras familiares. Un estudio en barrios populares de La Habana. En Colectivo de autores, *Las relaciones raciales en Cuba. Estudios contemporáneos* (pp. 217-282). La Habana: Editorial Fuente Viva y Fundación Fernando Ortiz.
- ROMAY GUERRA, Z. (2012). *Elogio de la altea o paradojas de la racialidad*. La Habana: Casa de las Américas.